

Problemas económicos de México. Lecciones de un Informe

Armando Labra Manjarrez*

La primera parte del primer informe o discurso de Gobierno rendido por el Presidente Zedillo el pasado 1 de septiembre, estuvo dedicado a la situación económica del país. Se centró en explicar las causas de la recesión, las bondades del programa de ajuste aplicado y las medidas extraordinarias para paliar la severidad de la crisis.

Las razones fundamentales que se esgrimieron para explicar lo hecho fueron: un fuerte y creciente déficit en cuenta corriente financiado con entradas de capital volátil, financiamiento de proyectos de largo plazo mediante instrumentos de corto plazo, apreciación del tipo de cambio real, caída del ahorro interno y aún condiciones de inestabilidad política interna.

El informe o discurso confirió especial énfasis en que la caída del ahorro interno, en las condiciones antes señaladas, explica en última instancia el bajo crecimiento económico.

No dudamos de la importancia de este elemento como motor de reactivación económica, sin embargo la ausencia de ahorros se explica en una razón evidente: el sistema bancario no canaliza el ahorro que capta más que en proporción mínima, a la inversión de tipo productivo. Los recursos, pues, continúan fluyendo del ahorrador a la esfera financiera-especulativa con la anuencia e impulso de las autoridades y nada tienen que ver con los propósitos productivos generadores de empleo que tanto reclama la sociedad.

Ciertamente pudiera existir controversia sobre las causas de la crisis mencionadas por el Dr. Zedillo, porque para muchos se trata en esencia de los *efectos* de una política económica contaminada de limitaciones que provoca, precisamente, los males que padecemos.

Ante la crisis, se reiteró el argumento salinista que no había alternativa posible que aquella por la que se optó: un severo ajuste

* Miembro de número de la Academia Mexicana de Economía Política (AMEP).

restrictivo que tiene postrada a la economía y empobrecida a la población. De no haberse aplicado esa política —se apuntó— las cosas estarían mucho peor. Esa posición, eminentemente subjetiva, es incomprobable por donde se vea.

Lo que resulta contundente es que las condiciones de financiamiento externo exaltadas por el Gobierno acabaron poniendo de manifiesto la enorme vulnerabilidad y dependencia de la economía. En 1994 la deliberada captación de capitales volátiles y la consciente pero irresponsable emisión de Tesobonos imposibles de redimir nos pusieron de rodillas, ateniados a los vaivenes del capital privado, como lo hicieron en 1982 los créditos bancarios comerciales.

Se afirmó el primero de septiembre que el país estuvo al borde del colapso pero que la economía no se quebrantó merced al —interesado— apoyo de Estados Unidos, hemos pagado puntualmente la deuda pública de los Tesobonos. Aquí la realidad ofrece un amplio margen de disenso con el Presidente; la economía sí está quebrantada y la evidencia no está sólo en la caída de 10.5% en el producto durante el segundo trimestre del año para acumular una caída de 5.4% en el primer semestre. Si se salvó la insolvencia externa gracias a la condicionada facturación de petróleo sobre las líneas de crédito, es igualmente cierto que estamos en una situación de efectiva insolvencia interna: la cartera vencida de los bancos se ha triplicado en seis meses a consecuencia de los graves problemas de la micro, pequeña y mediana empresa que generan 70% del empleo total.

El escenario que emerge amenaza crecientemente con la configuración de conflictos sociales que urge anticipar para resolver lo cual no se desprende del informe/discurso.

Por otro lado, es necesario matizar que la estabilidad financiera conseguida mediante el programa de ajuste anunciado el pasado mes de marzo, es en realidad sumamente frágil, toda vez que las reservas de divisas que reportan las autoridades no provienen de la economía sino de créditos externos. El superávit comercial alcanzado durante los primeros siete meses, del orden de 3 mil 690 millones de dólares, se ha logrado merced a una drástica caída de las importaciones ocasionada por la marcada contracción de la economía.

Lo cierto es que la estrategia neoliberal aplicada durante más de doce años ha mostrado una vez más sus límites reales; frente a tal

evidencia se ofrece el mismo modelo económico, la misma medicina y a no dudarle, resultados acumulados similares.

Pero existen en el informe algunos aspectos que son rescatables y que marcan pautas positivas. Varias propuestas del Presidente Zedillo son interesantes: la ampliación de las bases gravables de las entidades federativas, cuyo propósito es fortalecer sus ingresos; la reforma del marco institucional del sistema tributario; la nueva definición de un sistema de contribuciones para el retiro y la vivienda; la creación de un fondo de inversión para infraestructura, destacadamente.

Sin duda, resulta de la mayor relevancia la propuesta de ejercer durante el segundo semestre del año alrededor de dos tercios de la inversión pública, rezagada por una decisión del propio gobierno en el marco del programa de ajuste. Con ello, es de esperar alguna recuperación de la actividad económica.

Empero, no se aprecia cuales son las bases para sostener el crecimiento de la actividad económica en los próximos meses, menos aún años. No quedan claras las prioridades de la visión presidencial, los tiempos ni los grados de importancia que se asignan a los hechos de la crisis o las formas de enfrentarla.

En esta perspectiva, las metas económicas gubernamentales planteadas y ajustadas para el presente año (un decremento del Producto Interno Bruto (PIB) de -2% y una inflación de 42%), resultan inalcanzables ya que a la fecha han sido rebasadas en más de 100% por la realidad. Ello es así porque ni el ahorro o la inversión han avanzado, y por tanto, el producto tampoco. Del desempleo, ni hablar. Existe una marcada, ofensiva, concentración del ingreso y la riqueza, aunada a más violencia y mayor empobrecimiento.

¿Cuáles son las lecciones que es preciso registrar?

Primero, que la política económica prevaleciente auspició deliberadamente la entrada de capitales especulativos, privilegió el ahorro externo, emitió los Tesobonos y se centró en los mercados especulativos en vez de asegurar la inversión productiva. Muchas voces advirtieron y advierten sobre los límites y riesgos de tal propuesta.

En segundo lugar, que el gobierno no atiende ni aprende. Recordemos los múltiples reclamos oportunos de organizaciones y analistas

independientes del aparato estatal que alertaron a tiempo sobre estos riesgos; que insistieron sobre los estragos que podría provocar una excesiva apertura comercial; que sugirieron regular el carácter de la inversión externa privilegiando la productiva; que hicieron notar que la excesiva contracción del mercado interno ahogaba las posibilidades de un proyecto económico que fortaleciera el aparato productivo nacional, el empleo y el poder adquisitivo de la población.

Los planteamientos no fueron vistos ni escuchados y se apostó por un modelo de crecimiento más orientado a insertarse en el proceso de globalización económica, considerando un mal necesario el sacrificio de la economía interna. Finalmente la apuesta falló y tal parece que la lección no ha hecho mella en las autoridades.

Pareciera que la fallida experiencia económica del salinato no ha sido asimilada por quienes hoy gobiernan, y con la misma obcecación mantienen invariable el rumbo que tantos retrocesos ha provocado al pueblo mexicano.

En tercer lugar, que existan alternativas. Opciones hay, pero tienden a ser cada vez menos gratas en tanto no se aterriza en una estrategia económica diseñada para producir, emplear, distribuir y exportar y mientras prevalezca, por encima de cualquier otra, la idea de concentrar, especular y privatizar que proviene de otras latitudes.

Parece ser que todos si estamos de acuerdo en una cosa: lo que quiere el país son políticas, propuestas viables que representen los intereses de las mayorías. Que gobiernen los mexicanos para bien de la Nación.